

9/feb/1960

Réplica a Luis Ferré

HISTORIA DE UN DEBATE FRUSTRADO

por Arturo Morales Carrión

Dijo el Sr. Luis A. Ferré a los jóvenes republicanos, según El Mundo del 25 de este mes, que él no debatía ningún tema político con mi persona por ser yo un mero "alicate" de Don Luis Muñoz Marín. El olímpico líder republicano hizo bien claro que él no gasta su tiempo en discutir con "alicates".

Digo yo, a mi vez, que el señor Ferré es un curioso y olvidadizo caballero. Veamos por qué. Hay detrás de este aserto una interesante historia que dibuja a Ferré, el político. El 26 de octubre último hablé, por cortés invitación del Club de Leones de Ponce, sobre la contribución del Estado Libre Asociado a las relaciones interamericanas. Al terminar, el señor Ferré cuestionó vigorosamente mis conceptos y provocó una movida discusión. Se olvidó entonces el curioso caballero de mi humilde condición de "alicate". No tuvo reparo en descender de su olímpica cumbre. Estaba en su casa y acabaría en un tristrás con el visitante.

Pero algo aconteció en aquel debate que el señor Ferré había provocado deliberadamente. Los amigos del Club de Leones, quienes con tanta consideración nos oyeron, recordarán lo que fue. Entiendo que uno de ellos propuso, días después, que debía realizarse una colecta para restituir al león Ferré la lana que había perdido. No fueron pocos los que salieron con el convencimiento de que no es tan fiero el león Ferré como lo pintan. En suma, ocurrió allí una labor de barbería y no con "alicates", sino con afiladas tijeras. El león Ferré perdió buena parte de su augusta melena.

Incómodo ante este inesperado efecto cosmético, algún amigo de Ferré logró que El Imparcial hiciese una labor de retoque en la imagen de aquel maltrecho y trasquilado león. Y salió así un artículo el 10 de noviembre en el que aparecía de nuevo el león, muy imponente y fiero, con la melena encrespada e intocada, destrozando con grandes zarpazos a su víctima.

Fina y cortésmente solicité del curioso caballero Ferré la oportunidad de reanudar el debate que él mismo había provocado. Sólo recabé dos razonables condiciones: que se grabasen nuestras palabras en cinta magnetofónica para ver si en verdad rugía el león; y que tuviésemos periodistas con mucha tinta en el tintero, a fin de que no escapase nada de lo que podía suceder de nuevo en la barbería.

Pero el olvidadizo caballero se sumió en desdenoso silencio. Evidentemente, no le gustaba volver a la barbería. Evidentemente, prefería que los rugidos del león fuesen prefabricados. Y para decepción de los amigos ponceños que querían repetir el acto, no hubo debate. No rugió más el león. Nada pasó.

Llegaron más tarde los congresistas y el caballero Ferré, pretendiendo minar la fe del Congreso en los programas de intercambio y del Punto Cuarto que aquí desarrollamos, calificó de "superfluas" las actividades del Departamento de Estado de Puerto Rico y las ofreció como ejemplos de "despilfarro". ¿Pruebas? Ninguna. Sólo la palabra enfática de tan enfático caballero.

Me pareció oportuno recordarle entonces al olvidadizo señor Ferré que había una invitación en pie para reanudar el debate que él deliberadamente provocó. Pensé: ¿No es acaso el tema de gran significación para Puerto Rico? ¿No debe saber, no ya el Club de Leones de Ponce, sino todo el país, las

razones del señor Ferré? ¿No le haríamos ambos un buen servicio a la opinión pública, y al proceso político democrático en Puerto Rico, si elevásemos nuestras discrepancias al plano del debate ideológico, con los datos y razones que puedan existir para sustentar nuestros respectivos puntos de vista?

Pero es claro que el caballero Ferré, responsable de haber instigado toda esta situación, sufre ahora de una aguda alergia a regresar al ruedo. ¿Tener que batirse como Dios manda, con datos y hechos y pruebas y razones? ¿Tener que arguir con buena y firme y convincente lógica la tesis de la "superfluidad" del Departamento de Estado? ¿Quién ha visto que a un león pintado se le imponga tal increíble obligación? ¿Quién ha visto que a un león de tan acicalada melena se le obligue a volver a la barbería? ¿Quién ha visto tal cosa?

Mis excusas, pues, a los buenos amigos ponceños de todos los partidos, así como a los muchachos universitarios, quienes se han de sentir tan decepcionados como yo por haberse frustrado el debate. ¡Qué le vamos a hacer! El caballero Ferré prefiere, en vez de afrontar un debate democrático, escudarse en la palabra peyorativa. ¡Prefiere el mote a la libre y serena discusión de las ideas! Ahí tiene la juventud a Ferré, el político, en su genio y figura. Ahí tiene, pintado de cuerpo entero, al Hombre republicano que aspira — ¡nada menos! — que a gobernar a nuestro pueblo. ¡Observémosle bien!

Reproducido de:

EL MUNDO  
9 de febrero de 1960